

EL GOLPE DE ESTADO EN CHILE NO FUE INEVITABLE

ROCÍO DONOSO

Magíster en Políticas Públicas de Universidad de Chile.

Trabajadora Social, Pontificia Universidad de Chile.

El Golpe de Estado es el trauma histórico y político más relevante de Chile. Sus múltiples causas se ligan a conspiraciones ambiciosas, internas y externas al país, que buscaron oponerse al sueño de superar una pobreza y desigualdad extremas a nivel inhumano. El trauma del golpe también se inscribe en y aplasta las disyuntivas de ideario del qué y cómo era percibido el proceso de superación de desigualdades inaceptables: cómo diversos sectores sociales y políticos proponían sus propias vías óptimas para el desarrollo y crecimiento del país. Una disyuntiva en la que se entremezclaban luchas de clases, de ideales, intereses y pasiones, que culminaron como olla a presión en sombríos diecisiete años.

Si pensamos en las infinitas posibilidades de nuestro mundo, es innegable que existen escenarios factibles en los que el golpe podía evitarse. No hay nada «inevitable» en el desenlace que tuvo el proceso de superación de las desigualdades y los álgidos debates en torno a esta superación. Es más, una visión en extremo fatalista corre el riesgo de quitarle la agencia y responsabilidad a quienes, en definitiva, terminaron por escoger llevar a cabo el golpe de Estado. Es necesario, por lo tanto, tras contextualizar las condiciones de la época, comprender en qué momentos esta avalancha se pudo detener.

El Rol de Estados Unidos No Era Inevitable

La elección de Salvador Allende, el 4 de septiembre de 1970, no fue sólo un hito histórico nacional: fue, en su momento, un evento de importancia mundial y, sin dudas, relevante en todo occidente. Adentrados en algo más de 20 años de guerra fría, las tensiones políticas y económicas entre el occidente capitalista ideado por Estados Unidos y el proyecto comunista de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) estaban lejanas a ver su fin y afectaban al mundo entero, más allá de sus fronteras. La idea de naciones «satélite» de la URSS permite a algunos, con justicia, horrorizarse con los actos totalitarios y

vulneratorios de la libertad cometidos en nombre de la imposición de su modelo político. Sin embargo, sin ser naciones «satélite», Estados Unidos también tuvo efecto, impacto, influencia y control sobre las naciones de América Latina. El gigante norteamericano se aseguró de que no hubiera ruido en su «patio trasero», torciendo la voluntad popular de diversas naciones.

No deja de ser llamativa la atención que depositó Estados Unidos en Chile: dos países opuestos geográficamente, en dos extremos del continente; una diferencia de dimensiones de ambos países, donde, en 1972, la población de Estados Unidos era casi 21 veces mayor a la chilena, y un PIB 108 veces mayor en el caso norteamericano. Pese a lo anterior, el país del norte activó sus alarmas cuando un carismático doctor llamado Salvador Allende fue electo en Chile. También activaron sus alarmas las élites económicas de Chile, con figuras como Agustín Edwards, dueño de El Mercurio, que rápidamente se puso en contacto con Henry Kissinger, otrora consejero de seguridad nacional y exconsejero del ex presidente norteamericano Richard Nixon, quienes tuvieron roles importantes en la puesta en marcha de la hoy conocida operación secreta de la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés) para sofocar la amenaza que significaba el plan de la Unidad Popular (UP). Esto se explica puesto que, más allá de los resquemores de la clase alta en Chile, el programa de la UP era visto por Estados Unidos bajo el lente de la guerra fría y, por lo tanto, como un riesgo de «contagio» que, de ser exitoso, inspiraría al resto de Latinoamérica.

Desde los 90, la política de desclasificación de archivos públicos de Estados Unidos, gracias a la labor de figuras comprometidas con la causa de la justicia y los derechos humanos como Peter Kornbluh, director del proyecto de documentación de Chile, entre otros, ha hecho visible el rol que jugó la CIA en los eventos que agudizaron y profundizaron las dificultades social y políticas que antecedieron al Golpe de Estado.

En las fases originales de la conspiración en contra de la Unidad Popular, la CIA ideó varios planes a fin de remover al socialismo del poder. Estas estrategias iban desde fortalecer a la Democracia Cristiana y robustecer a los grupos de derecha, hasta «hacer chillar la economía chilena» —como dijeron secretamente Nixon y Kissinger—, dando incentivos a

empresas para generar desabastecimiento, pobreza e inflación, disminuyendo asimismo el comercio internacional entre Chile y los Estados Unidos.

En este contexto, Agustín Edwards recalca a la CIA la importancia de que la vía de derrocamiento de la UP sea armada y violenta, pues probablemente veía que el apoyo al ideario socialista, independiente de los obstáculos y desacuerdos, no sería fácilmente extinguido. Si, en este punto, la CIA se hubiera abstenido de apoyar la vía violenta de desestabilización, tal vez podríamos haber tenido otra historia. No sólo eso. Se habría fortalecido el liderazgo de Estados Unidos como representante de valores que suele ser la base del relato diplomático estadounidense de respeto a la libertad y el desarrollo con soberanía de las naciones.

Tal vez, si en su momento la CIA se hubiera opuesto claramente a cualquier salida violenta, y sólo hubiera aceptado como camino la derrota del gobierno socialista por las urnas, seguiría siendo cierto que el gigante del norte estaría inmiscuyéndose en los debates internos, pero tal vez la UP hubiese tenido un fin político pacífico. Es difícil imaginar que las fuerzas armadas (FFAA) chilenas se hubieran atrevido al golpe si hubieran creído que recibirían el oprobio del norte. En 1973, Salvador Allende planifica un plebiscito para ratificar su permanencia en el gobierno, o bien, salir voluntariamente de la institucionalidad si así se le exigía democráticamente. Sin embargo, las FFAA decidieron adelantar una semana el golpe de Estado para evitar este camino.

Quizás si la comunidad internacional y el imperio del derecho internacional fuesen lo que son hoy, la dictadura hubiese sido más breve, o el golpe de Estado menos probable. Es difícil imaginar que hubiera podido darse el golpe sin que hubiera una acción condenatoria transversal, lo cual pudo haber mediado en un camino más pacífico.

La Relación entre las Fuerzas Políticas Chilenas No Era Inevitable

La UP no fue sino el resultado de su época. Desde inicios del siglo XX, el concepto de cuestión social, a su vez consecuencia de la industrialización, puso sobre la palestra la necesidad de consideraciones mayores a nivel político que aquellas propias de un Estado mínimo que sólo cuida el orden público sin preocuparse por la vida de sus ciudadanos. Las clases

bajas y medias sufrían este abandono en una mera libertad negativa de no prohibir; esto no bastaba para que la gente tuviera la capacidad de desarrollarse integralmente. Así, el siglo XX en Chile estuvo marcado por transformaciones, fallidas y exitosas, para intentar lograr un mayor desarrollo y no sólo el crecimiento económico a secas de la nación, generalmente respetando la institucionalidad y la tradición democrática. El Chile de mediados del siglo XX aún estaba en transición de la completa ruralidad a la industrialización y enfrentaba una pobreza extrema que resulta difícil de dimensionar hoy.

Frente a esta realidad nacional, nace, a inicios de la década de los 60, la ampliamente conocida reforma agraria, consistente en la expropiación de terrenos por parte del Estado para la optimización económica de estos, buscando generar crecimiento económico y empleo mediante la explotación de aquellos. Fue impulsada por sectores de centro e izquierda, aunque promulgada por primera vez en el gobierno de derecha de Jorge Alessandri. Esta sería eventualmente adoptada y profundizada por el gobierno demócratacristiano (DC) de Eduardo Frei que, en aquella época, presentaba un proyecto de reforma social, alejado de los conceptos de revolución y marxismo comúnmente asociados a los procesos de reforma de la época, dado el contexto de guerra fría. Sin embargo, las tensiones y exigencias de transformaciones cada vez más profundas y, paralelamente, los partidos de izquierda más profunda, como socialistas, comunistas o los propios de la época como el MAPU, forman la UP. Así, estos dan representación a estas otras voces sociales, generando un conflicto peculiar con la DC donde, si bien no tenían aspiraciones políticas tan distintas, sino que ambos buscaban transformaciones sociales, sólo que en distintas formas y grados, junto a conflictos verbales desembocó en quiebres entrambos grupos antes y durante el gobierno de la UP, lo cual fue clave en la profunda polarización social que fue antecedente al golpe de Estado.

Aquí nos topamos frente a otro muro que la historia pudo haber sorteado. Si en su momento las fuerzas políticas de reforma —en búsqueda de un mayor Estado de bienestar, más derechos sociales y económicos— se hubiesen unido, cediendo un poco más la DC y la UP a la cooperación, la coalición política de resultado pudiese haber tenido una mayoría mucho mayor de apoyo en el país. Cuando Salvador Allende gana las elecciones, lo hace con un 36,2% de los votos, mientras que Radomiro Tomic (DC) obtuvo un 27,8%. En cifras de

votantes, al sumarlos, no parece una gran diferencia en cifras de hoy, pero la cooperación entrabos grupos en su momento pudo haber creado gran poder político —aunque claro, es impredecible pensar qué hubiera pasado al considerar la existencia de grupos extremos que validaban la lucha armada como medio político, tales como la Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP) o el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), por la izquierda, o Patria y Libertad, por la derecha, y la ya mencionada influencia norteamericana. La tónica de la época fueron la falta de cohesión y polarización: partidos y grupos de pensamientos similares enfrentados, discrepancias en el oficialismo, e incluso divisiones en las FFAA.

De periodos como el previo podemos aprender el valor del diálogo y la cohesión al momento de hacer política. En Chile, ha sido particularmente difícil la obtención de consensos. Tras la vuelta en la democracia, con mayor o menor éxito, y no siempre con tanta duración, grupos políticos como la Concertación, la Nueva Mayoría o el Frente Amplio han aspirado a ello: agrupar a las voces socialmente transformadoras de la política. Sin embargo, mantener la cohesión en estos grupos ha sido tremendamente difícil y mantener diálogo entre estos y otras facciones políticas más aún.

El Golpe de Estado Era Evitable: Quienes Tomaron las Armas Son Responsables de sus Acciones

A modo de síntesis, afirmo que el golpe de Estado era absolutamente evitable o, en otras palabras, era innecesario y había otros medios mucho menos perjudiciales y macabros que pudiesen haber optado por los actores de aquel. La CIA podría haberse limitado a la desestabilización, pero no haber aceptado vías armadas de tomar el poder. El ejército podría haber respetado la institucionalidad esperando al plebiscito de Salvador Allende. Todas las fuerzas políticas de la época podrían haber optado por apoyar las vías institucionales, como lo hizo el presidente Allende, para superar la crisis. El golpe era evitable y quienes decidieron tomar las armas contras sus compatriotas no pueden negar su responsabilidad aduciendo una supuesta «inevitabilidad».

Nos queda como lección a nivel país no avalar la violencia; confiar y proteger la institucionalidad, la democracia y la autonomía de los pueblos; no dar cabida a los discursos

antidemocráticos, militaristas ni violentos, en general; ni tampoco avalar a aquellos que cuestionan la participación de Chile en la Organización de Naciones Unidas (ONU), sus relaciones internacionales, o la desvalorización de los Derechos Humanos como guía intachable de la acción del Estado.

Recordar el golpe es recordar que Chile sufrió una pérdida evitable de su democracia. Es recordar los 17 largos años de Pinochet en el poder. Es, también, poner sobre la palestra las diversas comisiones de verdad y justicia que mostraron cómo en esas casi dos décadas el Estado fue victimario de más de 40.000 personas. Los horrores, los asesinatos y las torturas, los detenidos desaparecidos.

Los militares de la época y quienes los apoyaban sostuvieron que era lo que hacía falta para «salvar a Chile», que la presencia de un enemigo interno justificaba el estado de sitio para evitar una guerra civil, pero ¿Cómo va a ser lo mejor para un pueblo declararle la guerra al pueblo? ¿Cómo previene una guerra civil lanzar a los militares contra los civiles? La verdad es que no existen estándares lógicos bajo los cuales se puedan defender los crímenes de la junta militar. Quienes dicen haber traído paz social trajeron la violencia como parte de la política: trajeron un Estado como agresor permanente y sistemático contra la población sin respetar las mínimas garantías de ningún tipo. La verdad es que, en vez de paz social, estamos hablando de inquisición.

Hace poco, al escribir estas líneas, un consejero constitucional reclamaba el estatuto de «estadista» a Augusto Pinochet quien habría «reconstruido el Estado chileno». Sólo reconociendo el rol demoledor y anti-institucional de la dictadura, su trasgresión inédita y evitable a las normas de convivencia de la sociedad chilena, se puede realmente denunciarla y sus horrores. Separar al golpe de los atropellos de derechos humanos que cometió la dictadura es absurdo: ambas son parte del mismo proceso de abandono de las normas básicas de convivencia democrática. La verdad es que esta desafortunada visión es compartida por otros personajes de los sectores pinochetistas de nuestra política actual. Sin embargo, no hace sino recordar tristemente a quienes ponen la culpa de los abusos en las víctimas para alivianar a los abusadores, teniendo el mismo discurso diseñado por los militares y la CIA de culpar a la UP por sus propios crímenes.

Recalco. Allende pretendía una salida institucional de su gobierno. Por tanto, aun si concluimos que parte del caos estuvo en sus manos, también lo estuvo procurar detenerlo, aunque haya sido demasiado tarde.

La izquierda cometió una seguidilla de errores durante aquella época, los cuales hay que evitar volver a cometer: pero, nada de ello justifica a los golpistas, quienes debieron haberse abstenido de actuar como actuaron.

Para evitar que algo así vuelva a ocurrir, es fundamental condenar los discursos negacionistas de las violaciones a los derechos humanos.

Por su parte, aquellas alabanzas semi apoloéticas a las políticas del «rol reconstructor de la dictadura militar» son falaces. La economía chilena colapsó durante la dictadura, sobre todo con la crisis de 1982. No sería sino hasta el retorno de la democracia cuando la economía nacional empezaría a despegar.

En definitiva, esta reflexión sobre lo que pudo haber sido, lleva a hacerse las siguientes preguntas: ¿Cómo llevar adelante políticas públicas transformadoras sin sufrir nuevas formas de sabotaje ilícito, inmoral o antidemocrático? ¿Cómo asegurar que la soberanía de las naciones sea respetada, sin intervenciones que busquen torcer la voluntad popular? Es difícil negar que la democracia hoy es más fuerte de lo que fue en los 60 y 70, pero sí nos encontremos a la vez en tiempos de cuestionamiento de la democracia por parte de algunos grupos políticos de extrema derecha. No solo esto: según recientes encuestas, parte de la ciudadanía también cuestiona la legitimidad democrática de sus representantes electos y de la democracia liberal en general.

La dictadura significó sufrimiento y opresión. El régimen de Pinochet truncó cada aspecto del desarrollo sociocultural del siglo XX desde las políticas sociales y económicas hasta el arte. Ejemplos hay: la ida de Chile del emblema chileno del surrealismo, Roberto Matta; escenas musicales como la Nueva Canción Chilena, con el exilio de la mayoría de los músicos y la tortuosa muerte del emblemático Víctor Jara. Y, tal como son las memorias las que forman a una persona, las memorias de nuestro país son parte de nuestra identidad nacional. Por esto, es importante recordar este momento doloroso. Si queremos evitar que, como sociedad, lleguemos a momentos así de oscuros, debemos estar atentos a qué pudimos

haber hecho en el pasado, entendiendo que la historia no tuvo por qué ser así, que la violencia no era la única vía ni nunca lo será. Tengamos fe en la democracia, cuidémosla a ella y a sus instituciones, porque es el mejor medio para cuidarnos como sociedad, para cuidarnos como personas, como seres humanos, como familias y como país.